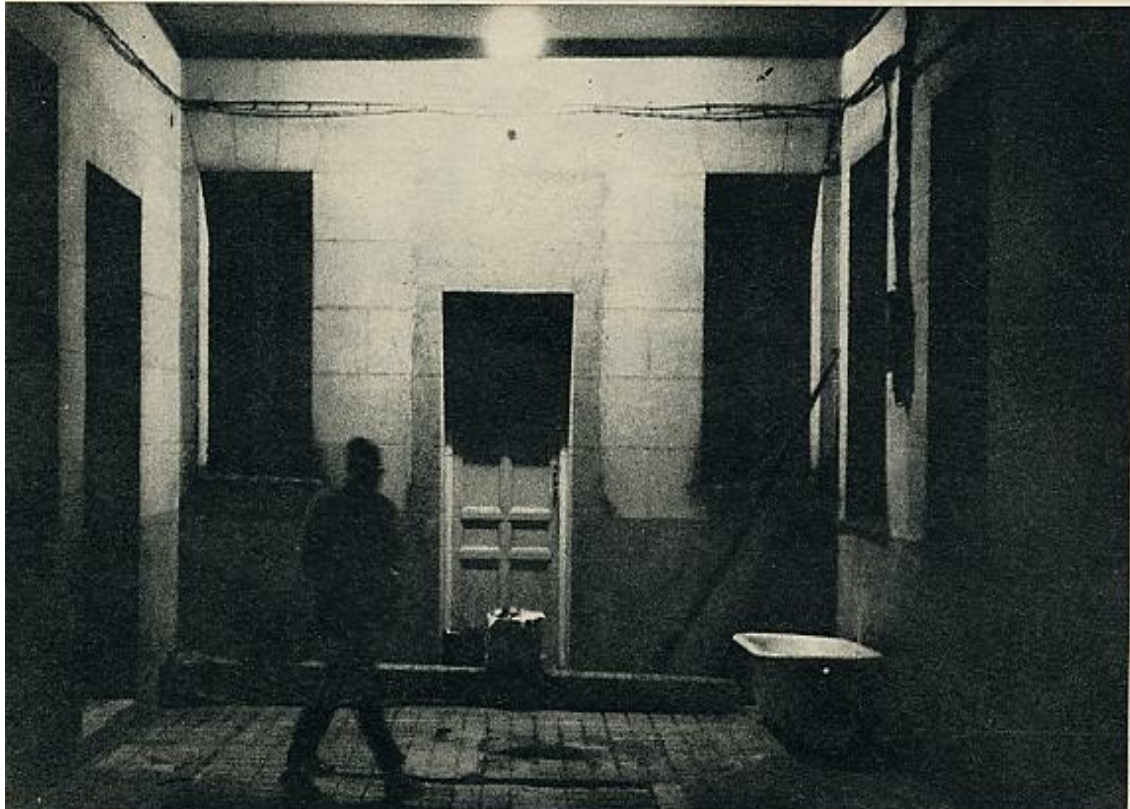


# CESARABEA:

uno realizaría aquella vocación, a la medida de sus posibilidades, gustos y preferencias, y se dejarían devorar por el intenso tráfigo literario en la busca del horizonte propio.

—Yo no me resolví a escribir hasta que me consideré suficientemente formado. Para mí la literatura ya era entonces algo serio e importante. La literatura no es imaginación, ni ningún arte puro. Es una actividad artística que está relacionada con los problemas fundamentales del hombre en cuanto no han sido aclarados por la ciencia. El escritor es siempre un humanista, un moralista, un político...

Juan Cesarabea no llegó a terminar la carrera de leyes. Tropezó con una asignatura difícil en un momento en que la vida tiraba de él con fuerza. Se casó, tuvo dos hijos... y se incorporó al departamento cartográfico de «Aguilar».



A Juan Cesarabea siempre le han pasado los problemas sociológicos, porque entiende que la sociología y la literatura se encuentran íntimamente ligadas.

**M**l abuelo era ebanista. Un artesano arruinado por la industria moderna.»

Juan Cesarabea, premio «Triunfo» 1963 de narraciones, vuelve la mirada, un tanto melancólicamente, hacia los años pasados. Charlamos con él en el departamento cartográfico de la Editorial Aguilar. Sobre el tablero —su mesa de trabajo— hay, desplegado, un gran mapa de Asia. Juan Cesarabea acaba de salir de su habitual mundo de ríos, lagos y montañas, para adentrarse en los recovecos de sus recuerdos.

—Cuando ya no pudo aguantar más —continúa—, vendió el taller y se colocó de portero en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, instalada en la torre de los Lujanes.

Poco antes de comenzar la guerra, el escritor —un niño todavía— se matriculó en el colegio de San José de Calasanz. Más tarde pasaría al Instituto Cervantes para cursar cuatro años de bachillerato.

—Tengo de la guerra un recuerdo imborrable. La torre de los Lujanes constituía un observatorio espléndido. De la mano de mi abuelo subí hasta la terraza y pude contemplar el frente. No se me olvidará nunca el estruendo de aquel cañón emplazado en Las Vistillas.

Le pregunto a Cesarabea por la guerra como tema novelístico. ¿Lo ha planteado bien Gironella? ¿Y García Serrano? ¿Y Pruneda? ¿Y Romero? Vacila antes de responder. Piensa mucho antes de opinar, sobre todo cuando su parecer va a ser adverso, como en este caso.

—No ha aparecido todavía una buena novela sobre nuestra guerra, una obra que vaya directamente al corazón de los hechos y desentrañe su secreto. Es difícil la tarea porque, por razones obvias, no basta con poseer condiciones de novelista para abordarla. Su realidad fue muy compleja y exige un análisis riguroso.

Seguimos el curso de su biografía. En 1944 la situación familiar le fuerza a modificar radicalmente sus proyectos.

—Hube de ponerme a trabajar. Entré en las oficinas de la «Camps», aunque, por supuesto, continué estudiando, ahora por enseñanza libre. Mi pasión eran entonces las matemáticas. Hasta que empecé a frecuentar el Ateneo. Esta fue mi verdadera universidad. En su biblioteca adquirí mi formación literaria y nació mi vocación.

En el Ateneo, Cesarabea hizo amistad con Lauro Olmo y Jesús Fernández Santos. Ninguno había publicado nada aún, pero los tres habían elegido ya el mismo camino. Después, cada





# "EL ATENEO FUE MI UNIVERSIDAD"

"el  
escritor  
es siempre  
un humanista,  
un moralista,  
un político..."



Cesarabea en pleno trabajo, sobre el tablero cartográfico: un aprendizaje cotidiano de rigor, precisión y exigencia.

—Empecé a traducir en las horas libres. Me confiaron la versión de varias obras de sociología, entre ellas una de Mannheim. Ello supuso para mí una gran satisfacción, puesto que siempre me han apasionado los estudios sociológicos. Creo que la literatura y la sociología están íntimamente ligadas.

Ahora, el premio «Trilunfo» le permitirá abandonar, en favor de la creación literaria, sus trabajos «extra».

—Veo el panorama novelístico como un gran desierto. No hay obras de talla. De la producción de los últimos años sólo salvaría una: «El Jarama», de Sánchez Ferlosio. Creo que ha llegado el momento de trabajar en serio con ambición y exigencia.

Siendo niño, Juan Cesarabea extraña a escondidas, del baúl del abuelo ebánista, «Los tres mosqueteros», del folletón de «El Liberal». Hoy dispone de una selecta biblioteca donde es raro encontrar una novela, aparte de la obra de Roger Martin du Gard y de «Clarín».

—He leído siempre desordenadamente, desde los «fin de siècle» franceses a los poetas de los años veinte, desde Kafka hasta Proust, desde Tolstoi a Unamuno, desde Freud hasta Joyce...

Ha leído mucho. Y su obra, la obra que arranca en el cuento premiado por la revista, va a fundamentarse en este progresivo esfuerzo de asimilación ya traducido en un sólido conocimiento y en un pensamiento original, propio, aunque dentro de las grandes corrientes históricas en boga. Ya ha tomado la palabra y tiene mucho que decir.

Me despido, y Juan Cesarabea se vuelve a sus mares, lagos y ríos, sobre el tablero cartográfico, donde el mapa de Asia espera sus precisas anotaciones. Excelente lección de rigor la de esta profesión, para un hombre que entiende la literatura como algo más que un ejercicio imaginativo.

EDUARDO G. RICO

(Fotos SANCHEZ MARTINEZ)

